



*Centroeuropa*

VICENTE LUIS MORA

Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2020, 181 pp.

*reseña de* Simone Cattaneo

Si algo se le podría reprochar al Vicente Luis Mora (Córdoba, 1970) novelista es su exceso de cálculo y su inteligencia de ensayista polifacético que le llevan a plantearse cada narración como un desafío consigo mismo para sondear hasta qué punto domina los resortes de la escritura. El resultado hasta ahora habían sido un par de novelas –*Alba Cromm* (2010) y *Fred Cabeza de Vaca* (2017)– planeadas con una lucidez asombrosa y realizadas con un rigor tan absoluto que se prestaban a las mil maravillas a ser diseccionadas por críticos y académicos, pero que corrían el riesgo de hacer que el lector de a pie se sintiese incómodo frente a un derroche de cerebralismo que estaba demasiado a la vista. El efecto hubiera podido ser parecido al de habitar un espléndido edificio racionalista donde todo está tan pensado de antemano por el arquitecto que quien vive allí se ve constreñido a someterse a la funcionalidad de aquellos espacios asépticos, sintiéndose en falta a la hora de dejar un plato sucio en el fregadero. En *Centroeuropa* –Premio Málaga de Novela 2019– el autor no renuncia a esa autoexigencia, sino que incluso, como revela en su blog *Diario de lecturas* (<http://vicenteluismora.blogspot.com/2020/12/como-esta-escrita-centroeuropa.html>), la extrema, habiéndose impuesto oulipianamente en la redacción del texto una «progresión geométrica de razón=2» que determina que cada capítulo tenga el doble de palabras que el anterior, así como el doble de cadáveres, de personajes, etc. Sin embar-

go, en esta ocasión logra la cuadratura del círculo porque, pese a dicho despliegue de racionalidad aritmética, los recuerdos de Redo Hauptshammer afloran y se deslizan por las páginas con una naturalidad admirable, encajando impecablemente entre sí –si bien con pequeñas forzaduras o contradicciones que delatan su condición de narrador falsamente ingenuo– para relatar con un lenguaje del siglo XIX, pero tan pulido que suena actualísimo, sus andanzas de primer agricultor libre de Szonden, un pueblo –imaginario– en la comarca –real– del Oderbruch, en la frontera con Polonia.

El centro de las preocupaciones de Redo parece ser el extraño fenómeno que observa en su terreno a la hora de intentar cavar un hoyo para sepultar a su difunta esposa, Odra, muerta en Maguncia por una bala perdida disparada por un soldado francés huido de prisión: cada vez que excava en profundidad, de la tierra surgen los cuerpos congelados de soldados de diferentes épocas históricas, desde legionarios romanos hasta nazis perfectamente conservados. La idea le vino a Mora, sin duda alguna, de unos versos de Leopoldo María Panero –aunque también Pere Calders, en su cuento “Un estrany al jardí”, escribiera algo parecido–: «y surgen cabezas de la tierra helada: / cabezas, yelmos, corazas, espadas / es el fruto que cosecha la tierra en este año / que tanto recuerda al último, / al siguiente [...]» (*Poesía Completa 1970-2000*, Madrid, Visor, p. 186). Se trata, obviamente, de una alegoría que resume los fundamentos de

la sociedad, como declara el mismo Redo: «*Estos cuerpos son los cimientos sobre los que se construyen los imperios y, como los cimientos de un edificio, alguien ha decidido que deben estar bajo tierra. Si no los vemos, no existen. Si el horror no es visible, no existe el horror. Eso es todo*» (p. 157). No por nada, todo acontece en el corazón geográfico de Europa, punto neurálgico desde el que se irradia nuestra civilización, y en plena transición del Antiguo Régimen a la Modernidad, período del que emana la cultura que nos alimenta y aún condiciona. De hecho, esos cadáveres vitrificados por el hielo son una suerte de MacGuffin que sirve para atraer la mirada de quien lee, pero detrás de su espectacularidad admonitoria se oculta una red mucho más sutil y amplia de referencias y guiños que aspiran a restituir toda la complejidad, filosófica y social, de una época decisiva para el presente que convierte el misterio de la verdadera identidad del protagonista y su camino de aprendizaje, desde un burdel de Viena hasta un

campo de remolachas en Szonden, en un símbolo del hombre moderno y de la mujer contemporánea. Además, Mora, logra crear un agudo juego de refracciones entre el debate epistemológico de aquel entonces y las perspectivas desde las que es posible interpretar y contar la que consideramos la realidad: Redo tiene una mente científica que confía en los números, su amigo y mentor Jakob Moltke es un historiador que razona según los hechos y, por fin, Ilse ve más allá de las apariencias por medio de la irracionalidad de la magia, todas aproximaciones sesgadas que por sí solas no son suficientes y han de complementarse entre ellas. Es precisamente esa transparencia geométrica de prisma la que ilumina *Centroeuropa*, una «novela arqueológica» —que no histórica—, según definición del propio autor, capaz de escarbar a fondo en el humus y en las capas que configuran nuestro pasado reciente para decirnos quiénes somos o quiénes podríamos ser.